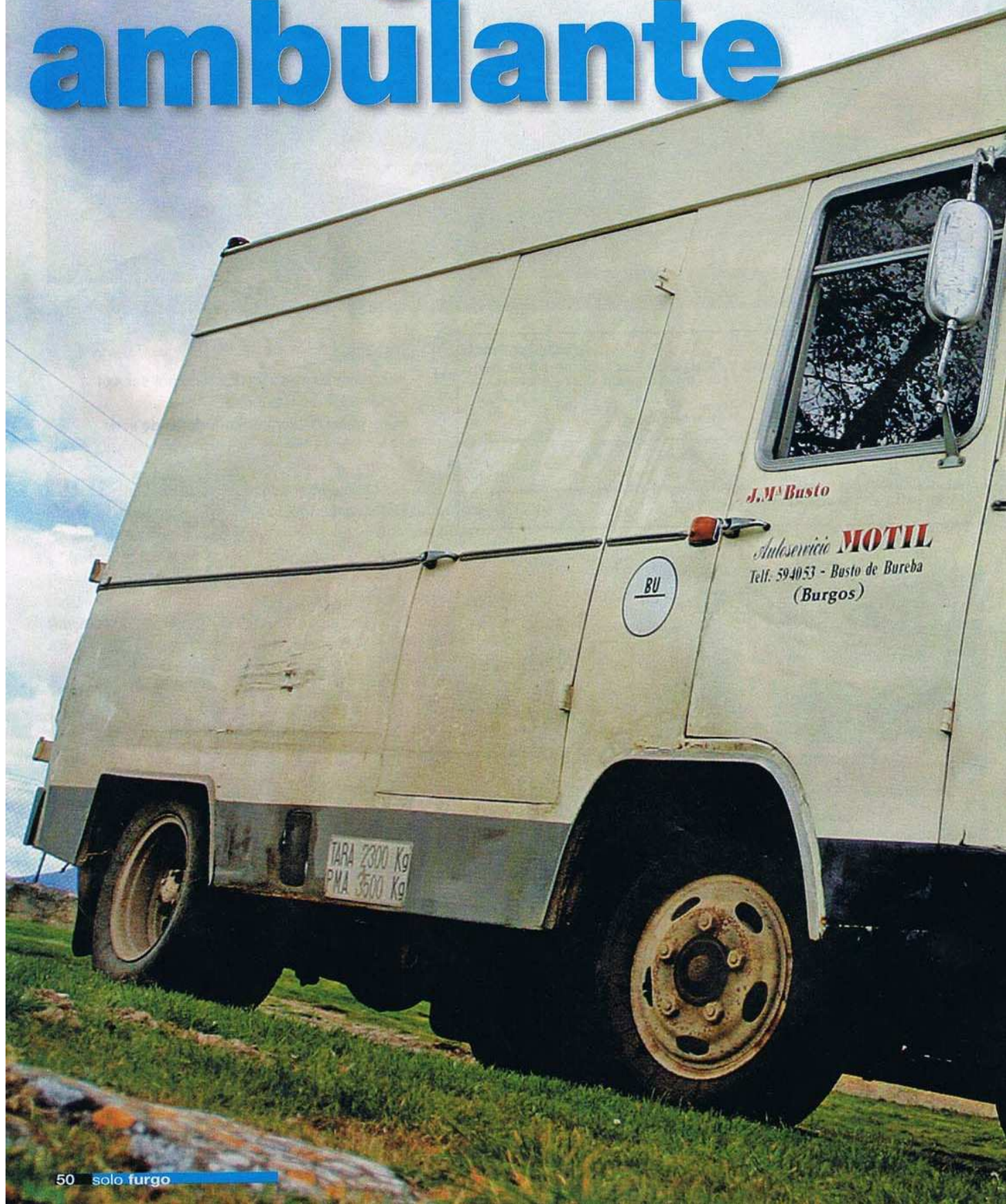
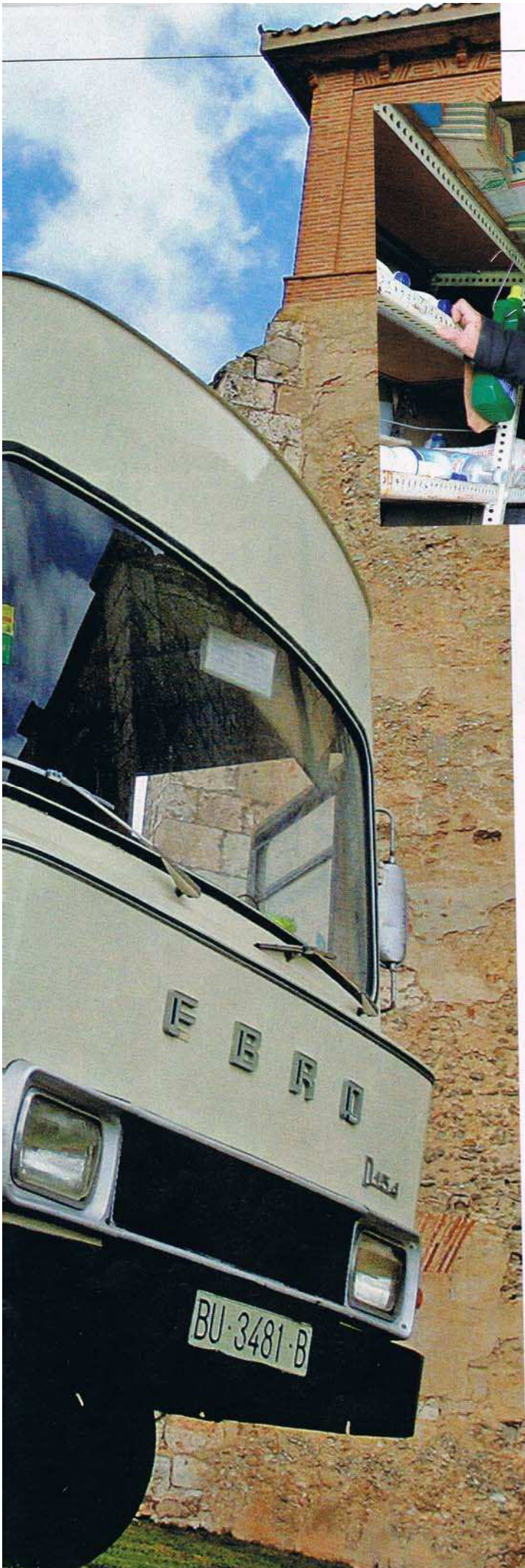


# Nostalgia ambulante





A sus casi 75 años, José María Busto –Mótil para sus amigos– mantiene aún la suficiente salud para seguir visitando con su furgoneta los tres o cuatro pueblos de la comarca de La Bureba (Burgos) que aún le necesitan. Su clientela es ya anciana, y pese a que la venta ambulante hace tiempo que dejó de ser rentable, Mótil se resiste a dejarlos desamparados.

Por Daniel Martorell

“Te puedo hablar del pasado, porque del presente no hay nada que contar”. Entre apenado y resignado, José María Busto, Mótil, nos dio la bienvenida en su casa de Busto de Bureba, en Burgos, el segundo pueblo más grande de la comarca, con... 90 habitantes. Esta zona de Castilla y León –como tantas otras de España– agoniza desde hace décadas por la falta de habitantes. A nuestro protagonista, a quien ya visitamos hace seis años, le encontramos con la misma vitalidad que entonces, el mismo nervio, la misma chispa que durante más de medio siglo le ha servido para ir de pueblo en pueblo vendiendo género; pero también –por qué no decirlo– algo más apesadumbrado por la irrefrenable decadencia de su profesión. “El bajón de la venta ambulante ha sido de espanto”, confiesa José María. Para más inri, hace unos meses que tuvo que jubilar a su

Cumplimos los  
**100**



▲ **VENTAS ESPORÁDICAS.** Todavía hoy, a algunos visitantes de La Bureba les sorprende que aún exista el oficio de vendedor ambulante.

“¿Que por qué sigo con esto? Pues porque no quiero dejar sin nada a los ancianos. Muchos de ellos no tienen a nadie. ¿Cómo voy a dejarlos solos?”



▲ **ESCAPARATE.** Chocolatinas, embutidos, sal, tomates, fruta, café... Cualquier hueco de la despensa puede rellenarlo Mótíl.



▲ PURO PLACER. Hoy en día, más que un trabajo, la venta ambulante es para Mótíl un hobby, algo que le mantiene vivo.



▲ LOCUAZ. Una vez desplegado el género sobre el asfalto o la acera, Mótíl departe amistosamente con todo aquel que se para a saludar.

querido Ebro, la montura fiel que durante 35 años fue almacén rodante y alegría para muchos pueblos. “Entonces todo era diferente: había mucha gente, del País Vasco sobre todo, que alquilaba casa en los pueblos de La Bureba. En aquella época, durante los tres meses de verano, la mujer se quedaba en la casa del pueblo con los hijos, 4 ó 5, y el marido venía los fines de semana”. Bullicio, vida, actividad, daban color a los meses de junio, julio y agosto. “Vendía de todo, pero sobre todo zapatos para los zagales. ¿Cuántos pares habré despachado?”, dice Mótíl echándose la mano a la cabeza. “Ahora, apenas se quedan un mes, y ya no gastan aquí. Prefieren comprar en grandes superficies. Hasta el pan lo compran en supermercados”.

Hoy, aprovechando nuestra visita, José María hace una excepción y se sube de nuevo al viejo Ebro para dar una vuelta por las calles de Busto. “Sigue funcionando perfectamente, como siempre. Un motor Perkins excelente. Pero ya no vale la pena invertir dinero en el vehículo”. Lo cierto es que desde hacía años nuestro protagonista sólo hacía rodar el Ebro durante los meses estivales, cuando la población de La Bureba se multiplica. “Con los escasos clientes que tengo, hoy día me basta y me sobra con el Partner”.

La gente va desapareciendo, y con ella algunas poblaciones, que,



▲ DE TODO UN POCO. Son más de 50 años los que José María lleva trabajando de pueblo en pueblo. Conoce de sobras qué productos no pueden faltar en su furgoneta.

poco a poco, se han convertido en pueblos fantasma. Un panorama desalentador, que, sin embargo, aunque de vez en cuando golpea directamente en la línea de flotación del carácter positivo de Mótíl, todavía no le ha hundido: “¿Que por qué sigo con esto? Pues porque no quiero dejar sin nada a los ancianos. Muchos de ellos no tienen a nadie. En Calzada, por ejemplo, son sólo tres habitantes. Todos ellos muy mayores. ¿Cómo voy a dejarlos solos?”.

### De casta le viene al galgo

Mótíl lleva toda la vida repartiendo género en los pueblos que rodean Busto. Cuando él comenzó, su padre ya llevaba años dedicándose a la venta ambulante, primero con carros y más tarde con camioneta. En aquel entonces, cuando la guerra civil, los pueblos de La Bureba —tierra rica para la labranza— eran grandes y requerían un servicio de abastecimiento. “Mi pueblo, que hoy no llega a cien

Cumplimos los  
**100**



◀ TIENDA SOBRE RUEDAS. Durante 35 años, estos estantes han acumulado infinidad de género para abastecer a las poblaciones de La Bureba.



▲ LA BUREBA. Eminentemente agrícolas, estas tierras han dejado de ser atractivas para las nuevas generaciones. Poco a poco, la falta de habitantes mata a los pueblos.

almas, lo he visto yo con cerca de mil personas censadas y seis o siete bares. Había muchísima vida en esta zona”, nos cuenta Mótíl levantando el índice.

Nuestro protagonista tomó el relevo de su padre muy pronto. Fue al volante de un Citroën fabricado en 1924, matrícula BI-115, que su padre le compró en Vitoria. “Aquello fue un timo”, dice torciendo el labio. “Tuvimos que llevarlo a San Sebastián para repararlo y la factura nos salió más cara que el propio vehículo”. Después de ese primer fiasco llegó el DKW, luego un Seat Trans, otro DKW y, finalmente, el Ebro D-154, la joya de la corona. Como su padre, José María es conocido en toda la comarca por el sobrenombre de Mótíl, el hombre que reparte calzado, fruta, camisas, calzoncillos... y un



“Vendía de todo, pero sobre todo zapatos para los zagales. Ahora hasta el pan lo compran en supermercados”

sinfín de artículos que, hoy en día, el tictac del reloj ha colocado en las estanterías de las grandes superficies, convirtiendo a los escasos vendedores ambulantes en auténticas almas caritativas. Cuando la faena todavía gozaba de buena salud, Mótíl visitaba con su Ebro, cada semana, cerca de siete pueblos, “uno por día de la semana”. Lo máximo que recorría con el Ebro eran 15 kilómetros,



▲ LA JOYA. El motor Perkins sigue rugiendo, aunque ahora sólo sea para posar ante el fotógrafo. El Ebro continúa siendo la joya de la corona para Mótil.



▲ GENEROSIDAD. Pese a que ya no es rentable, nuestro protagonista sigue acudiendo puntual a la cita con sus clientes.

“cuando tenía que subir el puerto de El Portillo”, pero echaba horas y horas despachando. “Había épocas, sobre todo en verano, en que tenía que salir por la mañana y por la tarde, e igual me llevaba a mi hijo o a una de mis hijas para que me ayudaran”. Ahora, a punto de cumplir los 75 años, a este vivaraz vendedor ambulante de corazón le parte el alma tener que salir únicamente dos o tres días a la semana “y sólo un par de horas”. Toca resignarse. “C’est la vie”, que dicen los franceses.

Mientras nos lleva a bordo del Ebro hacia la iglesia del pueblo para la sesión de fotos, Mótil sigue recordando con nostalgia aquellos viejos tiempos en que todo parecía mejor. “La gente me esperaba con los brazos abiertos. Sin embargo, no era de los que llegan al pueblo y hacen sonar la bocina. Más bien actuaba como el pescador



▲ NO HAY TREGUA. Es hora de seguir la ruta. Quedan un par de horas para que termine la jornada y todavía tiene que parar en dos pueblos más.

—cuenta Mótil con una sonrisa pícaro—, es decir, echaba la caña en cada puerta”.

### Mótil, el irreductible

Hace ya varias décadas que los tiempos han cambiado, arrinconando la venta ambulante y dejándola herida de muerte. Los pocos habitantes de esta zona compran en grandes superficies. El negocio ya no es rentable. “Mi mujer —confiesa José María— está ya harta”. A Nieves le hierva la sangre cuando repasa las facturas de los gastos de la pequeña tienda de abarrotes que regenta en Busto. Entre autónomos, gasoil, mantenimiento, luz, agua, etc., cualquier esperanza de beneficio se esfuma de inmediato. “Pronto echaremos el cierre a la tienda. No hay otra salida. Pero de jubilarme, nada de nada. Si no tengo la tienda, iré a comprar a otro sitio, pero seguiré despachando puntualmente”.

Pese a que Nieves fruce el ceño cuando Mótil habla de seguir trabajando, lo cierto es que nada parece poder parar el espíritu generoso de nuestro protagonista. “A mí esto es lo que me da vida. Aunque mi mujer quiere que lo deje ya, si aparco la furgoneta, creo que me dará una depresión. No me gusta jugar a cartas; no he sido nunca de fiestas; en los bares sólo entro si no hay gente... si es que lo mío es el campo y la furgoneta”.

La venta ambulante ya no es negocio. Cierto. Pero mientras siga habiendo gente mayor que necesite que le traigan a casa un paquete de azúcar o de sal, o una caja de tomates, o un bote de mayonesa, José María Busto, Mótil, se mantendrá al pie del cañón.

► solofurgo